

ella, orgullosa Grande de España, y una luz súbita, semejante á la de un relámpago que ilumina á la vez que aterra, hizole ver claramente lo que antes sospechaba; que aquella carta, que aquella ofensa, no venía de un desconocido, de un pobre fraile, de un Pedro Fernández; porque aquella puerta primera que se le cerraba en la vida, no era la puerta de Loyola, era la puerta de Dios!.....

Sintió frío y pidió á Kate un ligero abrigo en que se envolvió pensativa siempre y silenciosa.....Seguía aquella luz alumbrando en su alma, y á su reflejo parecióle contemplarse á sí misma por fuera de sí misma, como debía de contemplarla el mundo entero, como debía de contemplarla el desconocido Pedro Fernández, sentada en aquel pescante al lado de Jacobo—...Instintivamente miró á éste, y por primera vez en la vida, parecióle lo que no le había parecido nunca: le pareció un cómplice.

Rodaba ya el coche por las calles de Villareal, atravesó el puente que separa á esta villa de Zumárraga, y se detuvo frente á la estación, entre varias diligencias y coches desenganchados á la puerta de una conocida fonda, cuyo extenso comedor se abre á la plaza misma, en la planta baja. Aparecieron todos: las damas pidieron un cuarto para arreglarse un poco; los caballeros tiraron cada cual por su lado; Tom Sickles y el prusiano recogieron el *mail-coach* y los caballos en una cochera próxima, para conducirlos á Madrid en el correo

del día siguiente: faltaba para la llegada del tren, una hora larga.

El tío Frasquito, cepillado ya, limpio y resplandeciente, con sus finísimos guantes de piel de Suecia en una mano, y un ligero *cabas* de Leopoldina Pastor en la otra, entró en el comedor y pidió un refresco de grosella.....No llegó á tomarlo: una muchacha de las del servicio apareció dando gritos, sin poder articular, haciendo gestos desesperados de que la siguiese....En un pasadizo, cerca de la cocina, frente á una puerta entreabierta, estaba Diógenes tendido boca arriba, con los brazos en cruz, doblada una pierna, revestido el semblante de una palidez cadavérica, sobre la que se destacaban sus rojas manchas granugientas, amoratadas entónces, casi negras: parecía muerto.

El tío Frasquito's dió un chillido y echó á correr, llamando á voces á Jacobo y á Gorito: acudieron todos los de la fonda, y llegó también Jacobo, mirando el reloj con gesto de grande enfado.

—¡Hasta para morirse es importuno!—dijo al verse frente á Diógenes.

Llevábanle ya dos robustos mocetones, hijos del dueño de la fonda, y pusieronle en la cama de un cuarto del primer piso. Llegó el médico á toda prisa, llamado poco antes, y al saber la caída de por la mañana y después de reconocerle, hizo un siniestro pronóstico: aquello era un ataque cerebral, efecto de la caída,

y si volvía en sí del primero, no tardaría en sucumbir al segundo.

Las damas muy sobrecogidas, no se atrevían á salir del cuarto, y mucho menos á ver al enfermo. María Valdivieso, con profunda compasión, preguntó si se había puesto muy feo. Leopoldina, con pesar no fingido, gimoteaba ruidosamente. De pronto dijo:

—¿Si traerá el pobrecito dinero?....

Acercóse mientras tanto el fondista á Jacobo, y pidióle órdenes; mas éste, encogiéndose de hombros con estudiada indiferencia, díjole que ni él ni ninguno de sus compañeros tenían nada que ver con aquel hombre; que era un amigo, un mero conocido que en Biarritz se les había colocado en el coche sin que nadie le llamara, y que ni podía responder de él, ni mucho menos dar órdenes. La hora del tren se apróximaba, y decididos todos á partir, después de una ligera discusión en que triunfó el más cruel egoísmo, pusiéronse en marcha. Leopoldina, muy desasosegada, suplicó entónces á Currita que dejase por lo menos al cuidado de aquel infeliz á Fritz, su lacayo prusiano. Currita le contestó:

—Si quiere quedarse esta noche, no tengo inconveniente.....Será una mala noche que pase á su cuenta.....Pero lo que es mañana, tendrá que marcharse en el correo: Tom no puede ir solo á Madrid con los seis caballos.

Fuése entónces Leopoldina al fondista y díjole con grande ahinco.

—Yo no sé si ese pobrecito traerá dinero... Si no lo trae, todo cuanto pueda necesitar, me lo pone V. en cuenta.....Soy hermana del general Pastor, y mis señas son estas.

Y se las dió apuntadas con mucho primor en una tarjeta: acercóse también el tío Frasquito, y suplicóle encarecidamente que no bien muriese aquel infeliz, se lo avisase al punto por telégrafo: dióle entónces su nombre y señas, y el importe del telegrama, una peseta.

A las nueve de la noche pareció el enfermo experimentar gran fatiga, y asustado el dueño de la fonda, mandó llamar al cura párroco para que le administrase los Santos Oleos. Pasó, sin embargo, la crisis, y ya cerca de las doce, abrió Diogenes los ojos, y vió delante de sí al fondista, un hombre gordo, alto, completamente afeitado, sin corbata, calada la boina, y el chaquetón largo, tipo característico del guipuzcoano del pueblo acomodado. Tardo algún tiempo el enfermo en acoordinar sus ideas, y dióse al fin cuenta de algo de lo que le estaba pasando: un pensamiento era él muy pavoroso, acudió el primero á su mente... Con voz quebrantada, agonizante, que dejaba sin embargo traslucir todas las agonías del terror, las inflexiones de la súplica, las ansias de incertidumbre, dijo muy bajo:

—¿Me llevarán al hospital?....

Miróle el fondista extrañado, con ira casi, y contestó con toda la brusca hombría de bien, del genuino guipuzcoano.